

CARLO EMILIO GADDA  
El zafarrancho aquel  
de via Merulana

TRADUCCIÓN DE CARLOS GUMPERT

narrativa sexto piso



## **El zafarrancho aquel de via Merulana**

# El zafarrancho aquel de via Merulana

CARLO EMILIO GADDA

TRADUCCIÓN DE CARLOS GUMPERT



sextopiso

www.elboomeran.com

Todos los derechos reservados.  
Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida,  
transmitida o almacenada de manera alguna sin el permiso previo del editor.

Título original  
*Quer pasticciaccio brutto de via Merulana*

Copyright © 2018 ADELPHI EDIZIONI S.P.A., Milán  
www.adelphi.it  
This book was negotiated through  
UTE KÖRNER LITERARY AGENT, Barcelona  
www.uklitag.com

Primera edición: 2019

Traducción  
© CARLOS GUMPERT

Imagen de portada  
*In a Village Near Paris (Street in Paris, Pink Sky)*, 1909,  
LYONEL FEININGER (1871–1956), óleo sobre lienzo, 101 x 81 cm,  
MUSEO DE ARTE DE LA UNIVERSIDAD DE IOWA  
© LYONEL FEININGER FAMILY, LLC./ARTISTS RIGHTS SOCIETY (ARS), New York.

Copyright © EDITORIAL SEXTO PISO, S. A. DE C. V., 2019  
América 109,  
Parque San Andrés, Coyoacán  
04040, Ciudad de México

SEXTO PISO ESPAÑA, S. L.  
C/ Los Madrazo, 24, semisótano izquierda  
28014, Madrid, España.

www.sextopiso.com

Diseño  
ESTUDIO JOAQUÍN GALLEGO

Impresión  
COFÁS

Formación  
GRAFIME

ISBN: 978-84-17517-40-3  
Depósito legal: M-33974-2019

Impreso en España

El presente proyecto ha sido financiado con el apoyo de la Comisión Europea. Esta publicación (comunicación) es responsabilidad exclusiva de su autor. La Comisión no es responsable del uso que pueda hacerse de la información aquí difundida.



Cofinanciado por el  
programa Europa Creativa  
de la Unión Europea



GOBIERNO  
DE ESPAÑA

MINISTERIO  
DE EDUCACIÓN, CULTURA  
Y DEPORTE

SECRETARÍA  
DE ESTADO  
DE CULTURA

Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte

## UNO

A esas alturas, todo el mundo lo llamaba don Cebón. Era el comisario Francesco Ingravallo, destinado a la brigada móvil: uno de los más jóvenes y, quién sabe por qué, envidiados funcionarios de la sección investigativa: ubicuo en cualquier caso, omnipresente en todo asunto tenebroso. De estatura mediana, bastante rechoncho de figura, o tal vez algo achaparrado, de cabello negro y tupido y encrespado, que le salía del medio de la frente casi como para resguardar las dos protuberancias metafísicas del hermoso sol de Italia, tenía cierto aire somnoliento, andares pesados y descoyuntados, maneras algo aleladas, como alguien que lucha con una digestión laboriosa: vestido como los enjutos honorarios estatales le permitían vestirse, y con una o dos manchitas de aceite en la solapa, casi imperceptibles sin embargo, algo así como un recuerdo de la colina de Molise. Cierta práctica del mundo, de este mundo nuestro llamado «latino», por joven que fuera (treinta y cinco años), no le faltaba, desde luego: cierto conocimiento de los hombres: y también de las mujeres. Su casera lo veneraba, por no decir que lo adoraba: por y a pesar de ese desbarajuste extraño de todos esos timbrazos y esos sobres amarillos inesperados, y de llamadas nocturnas y de horas sin paz, que formaban el atormentado contexto del tiempo que vivía. «¡No tiene horarios, no tiene horarios! ¡Ayer me volvió a casa cuando ya era de día!». Era, para ella, el «distinguidísimo empleado estatal» largamente soñado, precedido por cinco A en el anuncio del *Messaggero*, evocado, repescado entre el infinito surtido de los funcionarios con ese señuelo de «preciosa y soleada habitación en alquiler» y a pesar de la perentoria admonición de

cierre: «Mujeres excluidas»: que en la jerga de los anuncios por palabras del *Messaggero* ofrece, como es bien sabido, una dúplice posibilidad de interpretación. Y además se las apañó para que la jefatura de policía hiciera la vista gorda por aquella ridícula historia de la sanción... sí, de la multa por omisión de solicitud de licencia para arrendamiento... multa que se repartían a medias, entre gobernación y jefatura de policía.

—¡Toda una señora como yo! ¡Viuda del comendador Antonini! Que puede decirse que toda Roma lo conocía: y todos los que lo conocían, todos lo tenían en parmitas, y no lo digo porque fuera mi marío, ¡que en paz descanse! Y ahora van, ¡y me toman de verdad a mí por una arrendadora de tres al cuarto! ¿Yo una arrendadora? Santa Virgen, antes me tiro al río.

En su sabiduría y en su pobreza molisana, el comisario Ingravallo, que parecía vivir de silencio y de sueño bajo la jungla negra de esa peluca, brillante como la pez y rizada como corde-ro de Astracán, en su sabiduría interrumpía en ocasiones semejante sueño y silencio para enunciar alguna teórica idea (idea general, ya se entiende) a propósito de los casos de los hombres: y de las mujeres. A primera vista, o mejor dicho a primer oído, parecían banalidades. Pero banalidades no eran. De este modo, esos rápidos enunciados, que en su boca provocaban la repentina crepitación de un iluminador fósforo, revivían más tarde, en los tímpanos de la gente a horas, o meses de distancia, desde su enunciación: como después de un misterioso período incubatorio. «¡Claro!», reconocía el interesado: «si ya me lo había dicho el comisario Ingravallo». Sostenía, entre otras cosas, que las catástrofes inopinadas nunca son la consecuencia o el efecto, según quiera decirse, de una sola razón, de una causa en singular: sino que son como un vórtice, un punto de depresión ciclónica en la conciencia del mundo, en pos del cual ha conspirado toda una multiplicidad de móviles convergentes. Decía también «nudo» o «enredo» o «maraña», o *gnommero*, como se denomina a la romana el ovillo. Pero el término legal «los móviles, el móvil» era el que se le escapaba con preferencia de la boca: casi contra su voluntad.

La opinión de que deberíamos «reformular en nosotros el sentido de la categoría de causa» tal como la heredamos de los filósofos, de Aristóteles o de Immanuel Kant, y reemplazar la causa por las causas era en él una opinión central y persistente: una obsesión, casi: que se le evaporaba de sus labios carnosos, aunque más bien blancos, donde una colilla de cigarrillo apagada parecía acompañar, balanceándose en una esquina, la somnolencia de la mirada y la casi mueca, entre amarga y escéptica, que por una vieja costumbre solía desplegar en la mitad inferior de la cara, debajo de ese sueño de la frente y de los párpados y de ese negro píceo de la peluca. Y eso mismo, exactamente eso, ocurría en sus crímenes. «*Quanno chiammeno...! Gia. Se me chiammeno a me... può stà ssicure ch'e nu guaio: quacche gliuommero... de sberretà...*»,\* decía, contaminando napolitano, molisano e italiano.

El móvil aparente, el móvil príncipe, era, claro está, uno. Pero la fechoría era el efecto de todo un conjunto de móviles que habían sido insuflados sobre él cual remolino (como los dieciséis vientos de la rosa de los vientos que se enmarañan en tromba en una depresión ciclónica) y acababan por estrujar en el vórtice del crimen la debilitada «razón del mundo». Tal como se le retuerce el cuello a un pollo. Y luego solía decir, pero esto con cierto cansancio, «que las hembras s'encuentran ande no las quies encontrar». Una tardía reedición itálica del rancio *cherchez la femme*. Y luego parecía arrepentirse, como si hubiera calumniado a las hembras, y querer cambiar de idea. Pero entonces se adentraría en terreno pantanoso. Así que se quedaba callado, pensativo, como temiendo haber dicho demasiado. Lo que quería dar a entender era que un determinado móvil afectivo, un tanto o, como se diría hoy, un cuanto de afectividad, un cierto «cuanto de erotia», andaba mezclada incluso en los «casos de intereses», en los crímenes aparentemente más alejados de las tormentas del amor. Algún colega

\* «Cuando me llaman a mí... Bueno, cuando me llaman..., puedes jugártela que es un follón de narices: un ovillo que desenmarañar...». [N. del T.]

un pelín envidioso de sus ocurrencias, algún sacerdote mejor avisado de los muchos daños del mundo, algunos subordinados, ciertos ujieres, sus superiores, afirmaban que leía libros extraños: de los que sacaba todas esas palabras que no querían decir nada, o casi nada, pero que sirven, como pocas otras, para engatusar a los incautos, a los inconscientes. Eran cuestiones en cierto modo de manicomio: una terminología de médicos de los locos. ¡Para la práctica hace falta algo bien distinto! Los humos y las filosofías deberían dejarse a los tratadistas: la práctica de las comisarías y de la brigada móvil es cosa muy distinta: hace falta una gran paciencia, una gran caridad: y también un estómago como es debido: y cuando no tambaleas todas las chozas de los italianos, sentido de la responsabilidad y decisión segura, moderación civil; eso es: eso y pulso firme. De estas objeciones tan razonables sólo él, don Cebón, no se daba por enterado: seguía durmiendo perfectamente de pie, filosofando con el estómago vacío, y fingiendo fumar su medio cigarrillo, regularmente apagado.

El domingo 20 de febrero, festividad de San Eleuterio, los Balducci lo habían invitado a comer: «A la una y media, si no le viene mal a usted». Era, dijo la señora, «el natalicio de Remo»: y en efecto, Remo, en el registro civil, había sido inscrito como Remo Eleuterio, y luego bautizado como tal en San Martino ai Monti, de modo que se rememoraba su natalicio. «Vaya dos nombrecitos tan poco agradables pa las orejas», pensó don Cebón, «tanto el uno como el otro». Para un cachazudo de semejante calibre eran incluso un desperdicio. La invitación, como l'otra vez, la recibió por teléfono con dos días de antelación, mediante una llamada «desde el exterior» al Colegio Romano, es decir, a Santo Stefano del Cacco. Al principio, con su voz melodiosa, le había hablado la señora: «Soy Liliana Balducci»: luego la sucedió el patán del Balducci hombre, como refuerzo. Don Cebón, después de haber santificado la fiesta en el barbero, se presentó con una botellita de aceite



pa la señora. El almuerzo dominical fue ameno, a la luz de una maravillosa tarde, habiéndose quedado en la acera los confetis y alguna gentil mascarilla, alguna trompetilla, alguna azulada Cenicienta o negroaterciopelado diablillo. Hablaron de caza: de batidas y de perros: de fusiles: luego de Petrolini: luego de los distintos nombres que se le dan al mújol a lo largo de la costa del Tirreno, desde Ventimiglia hasta el cabo Lilibeo: luego del escándalo del día, la condesita Pappalòdoli: que se había escapado de casa con un violinista: polaco, por supuesto. A los diecisiete años. Una historia de la que no se dejaba de hablar.

Al entrar él, la Lulù, la perrita pequinesa, un ovillo, había ladrado: con bastante rabia, incluso: bueno, tras dejar de gruñir, le estuvo olisqueando sus zapatos largo rato. La vitalidad de esos pequeños monstruos es algo increíble. Te entran ganas de acariciarlos, y luego de aplastarlos. Eran cuatro a la mesa: él, don Cebón, los cónyuges y la sobrina. La sobrina, sin embargo, no era la de la vez pasada, es decir, del día de san Francisco, sino otra mucho más joven: recién salida de la infancia. La de la vez pasada, es decir, por san Francisco, era una sobrina por decirlo de alguna manera; parecía una novia de pueblo, coronada con trenzas negras, fuerte, amplia, como para ocupar la cama entera: ¡menudos ojos!, ¡menuda delantera!, ¡menudo trasero! Como para soñar con ella toda la noche. Esta otra era una chiquilla con la trenza corgando que entoavía iba ar cole con las monjitas.

Don Cebón, a pesar de la somnolencia, tenía la memoria siempre lista, de esas que no erraban una: una memoria pragmática, decía. También la criada era una cara nueva, por más que se pareciera vagamente a la sobrina de la otra vez. La llamaban Tina. Mientras servía, un copo de espinacas estrujadas se desbordó de la fuente ovalada sobre el candor del mantel immaculado:

—¡Assunta! —dijo la señora.

Assuntina la miró. En ese momento, tanto la criada como su ama le parecieron a don Cebón extremadamente hermosas; la criada, más áspera, tenía una expresión severa, segura, dos

ojos fijos, muy luminosos, casi dos gemas, una nariz recta respecto al plano de la frente: una virgen romana de la época de Clelia; la señora, ¡de rasgos tan cordiales, de tono tan alto, tan noblemente apasionado, tan melancólico!, una piel encantadora. ¡Mirando a su huésped, esos ojos profundos, con una luz de antigua amabilidad, parecían divisar, detrás de la pobre figura del «comisario», toda la pobre dignidad de una vida! Y ella era rica: riquísima, se decía: su marido no vivía mal, viajaba trece meses al año, siempre muy ajetreado con la gente esa de Vicenza. Pero ella era incluso más rica por su cuenta. Y eso que en ese peazo casoplón del docientodiecinueve sólo había gente forrada: que si familias de las ricachonas: pero sobre todo señorones nuevos del comercio, de esos a los que años atrás entoavía se les llamaba estraperlistas.

Y el edificio, además, la gente del pueblo lo llamaba er palacio d'oro. Porque toa la vecindá enterita hasta er mismísimo tejado estaba como acolchao d'ese metal. Y dentro, amás, ni te cuento, había dos escaleras, A y B, con seis pisos y doce inclininos cada una, dos por piso. Pero el triunfo más grande estaba en la escalera A, piso tercero, donde estaban a este lao los Balducci, que eran señores como la copa de un pino también, y enfrente los Balducci vivía otra señorona, una condesa, con un montonazo de pasta ella también, una viuda: la señora Menecacci: que en metiendo mano en cuarquier sitio salían oro, perlas, diamantes a patás: to lo de más valor que te se ocurra y billetazos de mil como mariposas: porque lo de tenerlo en er banco vete tú a saber: cuanto menos te lo esperas va y s'echa a arder. Así que tenía er doble fondo en la cómoda.

Éste era, poco más o menos, el mito. Los oídos del comisario Ingravallo, que bajo la peluca negra y encrespada se confortaban con una vitalidad primaveral, lo habían captado así, flotando en el aire, como gorjeos de mirlos, o mérulas, después de todo revoloteo, de una rama a otra de la primavera. Estaba en boca de todos, por lo demás, y en todos los cerebros de la gente, una de esas ideas que se convierten, para la colectividad fantasiosa, en ideas obligadas.